

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20	1 pta.
100	5
300	25
1000	50

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

Tirada mensual de este periódico
21000 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sanguis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

¡ALERTA!

(DE «LA CROIX», DE PARIS) (1)

Es un día pesado, caluroso... El dolman, el pantalón, el kepi se pegan al cuerpo; parece que tienen pez. ¡Qué gusto dará chapuzarse en el río que, fresco y umbroso, corre al pie de las casas del poblado!... Mas no hay que pensar en ello siquiera!... Esto es un alto... no el término de la etapa. Un alto de dos horas en la plazoletilla del lugar. Los caballos descansan a la sombra de las dos tiendas de «Mignard, farmacéutico». Sables y fusiles están puestos en pabellones. Las sillas y bagaje forman diminutas colinas, que apenas dan sombra. Y entre los «comprimidos» de hierba seca, se tienden por tierra los jinetes, abrumados por el calor y el cansancio... ¡Es tan grato estirar piernas y brazos!... ¡no sentirse zarandeado sobre la silla!... ¡no tener al sol delante de los ojos!... ¡no disparar el fusil en medio de la llanura abrasada!... ¡no oír otra cosa que el glu glu de la fuente, adonde las mozas, risueñas, van a llenar sus cántaros!...

* *

Pero la máquina humana no se para así de repente. El joven jinete duerme profundamente, echado de bruces sobre un haz de paja; y a pesar de la calma de la plazoletilla, del murmurio del agua, de la sombra pacífica del farmacéutico, la batalla de la mañana de aquel día de maniobras continúa ardorosa en su cerebro... Con el pensamiento va... vuelve por la orilla del río que ayer vadeó en las barbas de los prusianos. ...Esta sí que es guerra... guerra de veras... la que se hace cargando los fusiles con bala... con tajantes sables... aquella en que se mata de veras... Y, en su sueño, los dedos del soldado empuñan un invisible acero... sus rodillas oprimen los lomos del caballo, que agacha las orejas y se lanza al galope...

* *

¡Así como así, ese Kinderlen más o menos Wachter nos aburría ya un poco!...

(1) En 1911, después de las grandes maniobras anuales del Ejército francés, escribió Pierre L'Ermite este artículo. La terrible contienda que actualmente está empeñada entre Francia y Alemania—no solas como Pierre L'Ermite suponía, sino acompañadas de otras sus aliadas y favorecedoras—nos mueve a reproducir el artículo de Pierre L'Ermite, al cual ha dado nuevo interés y actualidad la guerra terrible que devasta los campos de Europa.

Y como nos aburría ya, le han dicho que se callase... Y como el recado no le ha agradado, se nos viene ahora encima con sus interminables filas de cascos con punta. ¡Y vaya si trae cascos con punta!... ¡Toma si los trae!... Pero... ¿de dónde sacará él tantos?... ¡Espera un poco!... ¡te vamos a enseñar con qué leña nos calentamos por acá! Y las grandes aves de Francia alzan el vuelo. Y pollada de águilas de nueva especie, ávidas de recibir el bautismo de fuego: «¡Anda, aguilucho!» Los aguiluchos tienen ojos terribles y alas vertiginosas. Lo ven todo y de todo dan noticia... un Ejército prusiano en Bélgica... otro Ejército de observación en Nancy... otro que avanza sobre Belfort... la tenaza teutona... Germania entera, que deja sus ciudades, sus fábricas, sus bosques, sus campos, para realizar un sueño muy antiguo ya: «¡Somos sesenta y dos millones!... ¡Venga el espacio, las tierras, el sol!...» —¿El sol...? ¡vas a verlo!... Y los cañones, estos buenos cañoncitos franceses, llegan corriendo. ¡En batería... a tres mil metros!... Primera pieza... ¡fuego! Y allá abajo responden otras piezas... Las manos acarician nerviosamente los gatillos de los fusiles... ¿Por qué no avanzaremos...? ¿Por qué no iremos a verles las caras de cerca a esos prusianos que allá están...? Los soldados miran a sus oficiales... —¿Mi capitán...? —¡No, muchachos: todavía no!...

* *

El duelo de la artillería es colosal en la llanura que parece desierta; pero donde medio millón de soldados esperan de bruces en el suelo el momento del encuentro decisivo.

La monstruosa tenaza ha acabado de abrirse: ahora se cierra con un movimiento metódico, implacable, al cual parece que nada podrá eficazmente oponerse. Un oficial francés de Estado Mayor llega al galope: —«En avant!»... todo el frente «en avant!»... «¡a la charge!»... ¡La carga!... ¡Ah, la voz de la raza!... Los antiguos ecos de la frontera se estremecen, alborozados por la esperanza... ¡Ah, la palabra eternamente francesa!... ¡Adelante!... Suenan los clarines, ¡por el Ejército entero corre un escalofrío de valor y entusiasmo!... Si... ¡toda Francia!... ¡Mirad «vieux prognards» de antaño, muertos heroicos, y ved si no saben morir también los mozos de ahora!... ¡Adelante!... ¡Choque gigantesco!... ¡Alud impetuoso de todas las fuerzas desplegadas!... ¡La monstruosa tenaza salta al fin en peda-

zos, rota por su centro!... Como una cuña sobrehumana, la carga ha penetrado en el Ejército alemán, y los escalones de marcha han sido desbaratados. ¡Ah, el vino embriagador del triunfo!... ¡el primer beso de la victoria a la bandera de antaño humillada!... El telégrafo ha esparcido por el mundo entero la noticia... En París, las gentes se arrebatan los periódicos, lloran... se abrazan en la calle... Al fin vamos a poder levantar la cabeza... ¡la sombra negra, la obsesión teutona se ha desvanecido!...

¿Desvanecido...? No... los cascos con punta vuelven... o más bien, ¡vienen otros!... Y vuelta a empezar... Y por segunda vez se les detiene... y se les rechaza y arroja como a una espada rota... Por segunda vez los campos de la frontera se cubren de cadáveres... Kinderlen, envidioso de Bismarck, ha querido sangre; pues ya está todo salpicado de ella. Mas las bayonetas están torcidas, fatigados los fusiles, cansados los brazos, hay más claros en los regimientos franceses... Y allá a los confines del horizonte asómanse aún otros cascos con punta. Los aeroplanos, señalan, además, otras formaciones profundas en la «landwehr». ¡Vamos allá, pues!... De nuevo el soldado lánzase al inmenso campo para continuar la sangrienta siega. Pero por detrás de los muertos siguen viniendo los vivos sin punto de reposo. Y el soldadito llora de rabia. ¡Ah! ¡las mujeres alemanas!... ¡ellas no han rehuido las cargas de la maternidad!... ¡ellas no han negado a la Patria los brazos que les ha pedido!...

El emperador había dicho: ¡Necesito un hijo para cada Cuerpo de Ejército!... La mujer alemana respondió: «¡Yo también!»

* *

¡Y ella es quien gana la batalla decisiva!... Ella, la viña fecunda... ella, que ha escuchado a sus sacerdotes y a sus gobernantes... ella, que ha previsto que después de la destrucción de los activos y los dos territoriales, la última baza la ganaría el país que pudiese hacer el postrero y supremo esfuerzo... porque ha sido obediente a la voz divina «¡Creced y multiplicaos!» Ella gana esa batalla, la decisiva, la definitiva, y la gana sobre la mujer francesa, voluntaria, y a las veces ¡ay! orgullosamente estéril. La gana contra esos maridos egoistas, esos propietarios abominables, esos arquitectos de ruinas, esos amos atroces cuyo terror es el niño... infernales manzanillos, a cuya sombra está prohibida a la vida vivir... ...¡Anda, soldadito!... ¡vacía tus cartucheras!... vacía la sangre toda de tus venas... nunca verterá tanta como la que adrede se

ha impedido que fluya de los manantiales mismos de la vida...

Y cuando hayas acabado de morir, las aguas de la inundación alemana seguirán subiendo.

Porque la vida tiene que vencer a la muerte... la vida que imperiosamente quiere Dios, y que hace que hasta entre las losas de las ruinas brote la brizna de hierba.

* * *

Pero ¿qué? diríase que suena el clarín... y que suena alegremente...

¿El clarín?
El soldado abre los ojos... levanta la cabeza...

En efecto, suena el clarín...
Ha tenido una pesadilla...
No hay ni muertos ni heridos... en casa alguna se ven los estragos de las llamas devastadoras de los incendios... en la plazuela el sol esfira la sombra de los chopos... risueñas mozas sacan agua de la fuente.

El joven soldado las mira...
Y girones de su sueño flotan en su memoria, a la manera de esos cabos de nubes que se deshilachan en el cielo después de la tormenta.

Pero él se rebela contra esas imágenes...
¿Pesadilla...? ¡Sí, pesadilla!... ¡Porque nada se ha perdido aún!

¡El hogar está cuarteado: pero está todavía en pie! Y esta visión de Alemania es apertísima para consolidarlo.

La raza tiene soberbias reservas de energía: pero, ¿qué tiempo es de gritarle: «¡Alerta!»...

¿Serán esas jóvenes un día verdaderas francesas...? ¿o traicionarán, ellas también, a la Patria, regateándola los hijos de que tiene tanta necesidad...?

* * *

Y, meditando, el soldado, sacudiendo con un mismo y enérgico ademán las briznas de paja y los pensamientos lúgubres, fuese en busca de su caballo, que relinchaba, aspirando con delicia el fresco viento del atardecer...

PIERRE L' ERMITTE.

LO QUE DEBE LEERSE

Yo creo que la lectura es el «molde» del alma, y que son las lecturas las que hacen a los hombres: «Dime con quién andas y te diré quién eres».

Yo creo que el temperamento intelectual se forma como el temperamento del cuerpo: «con las comidas que se le sirven».

Yo creo que las «malas lecturas» son tan perniciosas para el alma como el veneno lo es para el cuerpo.

Yo creo que las lecturas de las novelas, hasta aquellas que se dan como «buenas», sacan al carácter «su gravedad» y a la vida «su seriedad», al corazón «su pureza», y a la voluntad «su fuerza».

Yo creo que un gran número de personas se hacen graves ilusiones sobre las lecturas que leen o dejan leer a otros: un pasatiempo, una página muy bien escrita, un medio de conocer el mundo y no ser engañado, un recurso contra el aburrimiento... esos son los pretextos para hacer callar las alarmas de una conciencia cristiana.

Yo creo que las personas que permiten, favorecen, imponen, aconsejan lecturas peligrosas, malas y aun frivo-

las, contraen una terrible responsabilidad ante Dios.

Yo creo que, en el momento de la muerte, una multitud de ilusiones se disiparán tarde con detrimento de muchísimas almas.

Yo creo que si las almas perdidas por las malas lecturas se nos aparecieran de repente, nos horrorizaría su número.

Yo creo que si los libros malos pudiesen hablar, revelarían cosas espantosas sobre el apostolado de prevención que han ejercitado en las almas.

Yo creo, en fin, que hay obligación de no tener libros peligrosos: su sola presencia es una hoguera permanente de corrupción. Y todo eso lo creo en nombre del buen sentido, de la experiencia y de la fe.

UNO DE TANTOS

(SONETO DE PIES FORZADOS)

Es librepensador de pura raza,
liberal y masón en una pieza,
que en el fango se agita y la impureza,
y del clero las honras despedaza.

Blasfema en *El Motín* como en la plaza,
y, elogiando la infamia y la vileza,
prodiga sus ataques al que reza,
de groseras calumnias yendo a caza.

¿Qué le importa si el mundo que agoniza
en sanguinarias luchas se destroza?
Lo que importa un mosquito a una lechuza;
si le interesa, la discordia atiza...
por un *doble* pues en el mal se goza,
vendería su patria al moro Muza.

L. C.

Carta

A UNO Y A MUCHOS

Muy Sr. mío y apreciado suscriptor: no ha dejado de hacerme gracia lo que en su atenta del 10 actual me dice con admirable ingenuidad: «Me suscribí a diez números decenales de su valiente y sugestivo AMIGO DEL POBRE, pero yo ¿para qué quiero tantos iguales? Con uno que me remita de cada vez tengo lo suficiente».

Sin duda que V., con sus muchas ocupaciones, no ha podido pararse siquiera un poquito a considerar el objeto, fin y medios de esta clase de periódicos de propaganda.

Si V. no sabe qué hacer con 10 periódicos iguales, de cada vez, ¿qué harán los que reciben 100 y el que recibe 1000?

Pues sencillamente está explicado. Los distribuye entre sus amigos y conocidos. Da algunos a sociedades obreras para que los tengan sobre la mesa de lecturas. Los deja caer *disimuladamente* cuando va por la calle para que otros los cojan y los lean y se aprovechen de la sana doctrina. Si viaja, los *olvida* en los asientos del coche, del tren, del tranvía, etc., etcétera. Y como hace todas estas cosas

con los periódicos que recibe y otras muchas más que su celo por la buena causa le sugiere, de ahí que a veces escriban diciendo: «Son pocos los periódicos que V. me manda, aumente la suscripción hasta tantos...»

«Distribuyo, nos dicen algunos párrocos, su periódico a la puerta de la Iglesia cuando mis feligreses salen los domingos de la misa mayor, pero como todos lo quieren y mis extipendios no llegan para calmar las peticiones, de aquí que he resuelto suprimir algunos sermones en el año a los que más son las mujeres las que acuden que los hombres, y emplear el dinero ese en buenos periódicos para que los lean todos donde bien les parezca, pero en fin que los lean y se instruyan en la verdad ya que a la iglesia vienen poco.»

¿Ve V., mi nuevo y apreciado suscriptor para qué valen tantos periódicos iguales?

Que V. *no puede, o no quiere molestarse o no quiere significarse* en estas lides?

Entonces sí, déjenos V. los que bien le parezca, que tenemos muchos Centros y Cárceles y Escuelas donde distribuirlos y que los reciben con marcada satisfacción. De todos modos, el mayor mérito de la obra siempre será para aquel suscriptor que nos los cede a tan santo fin.

Creo haberme explicado lo suficiente para que V. y los demás, en su caso, me entiendan.

Suyo afmo. J. O. F.

De la actualidad

Aunque el Doctor Cerezo es un anticlerical de tomo y lomo se permite de vez en cuando alguna conferencia con su párroco.

No quita lo cortés a lo valiente; se puede ser librepensador y amigo de un cura.

En esta ocasión la charla giró sobre el tema de actualidad: no podía menos:

—¿Qué opina usted, señor cura, de la guerra? Los neos andan muy revueltos.

—Opino, Doctor, que la guerra es un castigo de Dios. Habían pecado mucho las naciones y ha venido ya sobre ellas el castigo esperado.

—¿Esperado, dice usted?

—Oh, sí, esperado. ¿Cuántas veces no se ha repetido esto por la prensa católica, por nuestros escritores y predicadores?

No hace apenas un año, antes de empezar la guerra, un gran periódico católico francés, *La Croix*, traía una profecía de Dom Bosco prediciendo que en vida de Francisco José, el actual Emperador de Austria, «pueblos del norte», vendrían sobre Francia y llegarían a París...

—¡Eso faltaba que dijera usted a los

germanófilos! ¡Como no han tomado alas con los obuses de 42 centímetros, véngales ahora con esas luces del cielo!...

—¿Le admira a usted, Doctor?

—Ciertamente.

—¿Y las leyes de la Providencia?

—¡La Providencia! ¡Siempre lo mismo! Oír a un neo es oírlos a todos. ¡Si no habrá bastante para explicar la guerra, las victorias y las derrotas, con hablarnos de la organización militar, de la táctica, de más número de soldados, de cañones, de lo que queráis, pero ¿la Providencia?... ¡Vaya!...

—Pues los católicos no podemos dudar de ella; la Providencia es el dedo de Dios dirigiendo a un fin todas las cosas aun las mínimas, las despreciables: No se mueve la hoja del árbol, ni cae un pelo de la cabeza del hombre sin la voluntad divina; y si las cosas despreciables y mínimas no se pueden mover fuera de su influjo ¿podrán concebirse como independientes de la Providencia los grandes hechos históricos, como esta guerra, que deciden de los pueblos y de las naciones?

—¿Y qué queréis decir con eso, señor Cura?

—Que sobre el estruendo de los cañones y el chocar de las bayonetas, contestó el Párroco, con tono casi oratorio, debemos ver el dedo de Dios castigando a los prevaricadores, a los impíos, barriendo a esos neroncillos perseguidores de la Iglesia y corruptores de la sociedad; y juntamente, Doctor, haciendo dar al mundo un cambio hacia el catolicismo.

—Sueños, señor cura, sueños.

—Pero, Doctor, no ha leído usted las últimas noticias? ¿No sabe usted el escándalo, la indignación que ha producido en Burdeos la conducta de los ministros franceses? Esos gobernantes, que preside Viviani, el que quería apagar las luces del cielo, celebran cuchipandas y giras campestres con «señoras» y al regresar pasean por las calles principales en automóviles llenos de flores, dirigidos por *chauffeurs* militares, mientras los hijos del pueblo mueren y son heridos a millares en los campos de batalla.

—¡Eso es una iniquidad!

—Sí, una iniquidad, por eso Francia, pierda o gane, barrerá a esa gente, y llegará a su término la reacción católica que ya ha empezado.

Vea usted la transformación verificada en dos meses:

Se ha restablecido al clerocastrense, se han suspendido los decretos contra las órdenes religiosas, se confiesan los soldados, son rehabilitados los jefes católicos y en toda Francia... se reza. ¿Y a quién se debe eso? A mí me parece que a la Providencia. ¿Y a V.?

—A mí... a mí...

—Hay ocasiones, Doctor, en las que no se puede ser anticlerical. La verdad sobre todo. La guerra es un castigo y de ese castigo la Providencia saca bienes.

El alcohol y sus consecuencias

En todos los países se está haciendo cruda guerra al alcohol, por las terribles consecuencias que acarrea a la humanidad. Helas aquí:

Efectos físicos.—Temblor de manos, pérdida del apetito, debilidad general, predisposición de enfermedades, parálisis, *delirium tremens*, demencia.

Perturbaciones morales.—Disminución de la inteligencia, pérdida de la memoria, incapacidad profesional, degradación moral, irritabilidad, violencia, furor.

El alcoholismo.—Aquel que bebe todas las mañanas de joven una copita llega a ser alcohólico sin remedio.

Errores.—Los licores llamados aperitivos, quitan el apetito en lugar de abrirlo.

El ajeno.—Es un veneno más terrible que la morfina y la belladona.

Lamennais ha dicho:

—¿Sabéis lo que bebe este hombre, en el vaso que vacila en su mano, temblorosa de embriaguez? Bebe las lágrimas, la sangre, la vida de su esposa y de sus hijos.

Miseria.—El alcohol hace huir del trabajo y condena infaliblemente a la miseria.

Criminalidad.—La mayor parte de los crímenes son ejecutados por alcohólicos.

Vejez prematura.—A los cuarenta años, epilépticos, están gastados como un hombre de sesenta.

Epilepsia.—En cada cuatro niños epilépticos, tres son hijos de alcohólicos.

Mortalidad.—Un veinte por ciento de las defunciones, son debidas al alcoholismo.

Herencia alcohólica.—Idiota, epiléptico, tísico.

—Déjate de excusas; lo cierto y positivo es que resulta indigno y hasta ridículo el ver cómo en masa os arrastran tras de sí esos pocos que todos sabemos lo que son y lo que valen y que, por lo mismo no ha de traeros *la reata* ventajas que puedan llamarse en verdad beneficiosas.

—Bah, bah... también en masa vais los neos, cuando llega el caso, detrás de un cura...

—Distingamos. Los que van detrás del cura, por lo que el cura representa, son personas conscientes, van por su propia voluntad y haciendo ostentación de ideas siempre nobles y santas, en tanto que los que van como vosotros, enfrenados por fuerza, a un *quidam* cualquiera, se acreditan de... menos que personas, puesto que han perdido la dignidad humana.

—¿De bestias?...

—Me has comprendido.

SECCIÓN AGRICOLA

La conservación del grano.

He aquí un detalle que pasa inadvertido para la generalidad de los labradores, y que sin embargo es de suma importancia, resultando que esta suma importancia, si se olvida, puede ser una resta; y si se tiene en cuenta, puede convertirse en una multiplicación.

Y esto que parece un juego aritmético que se presta al chiste, no lo es.

Al llegar la época de la recolección, todo lo que se les ocurre a los labradores (en su inmensa mayoría) es, la víspera de encerrar el grano, hacer sitio en el sembrado con un barrido y un regado muy a la ligera por toda preparación; bien es verdad que, para lo que ha de parar allí! Pero sea mucho o sea poco, así será el beneficio ó el perjuicio, y los labradores deben aprovechar las siguientes observaciones. Ante todo, los locales tienen que estar bien limpios, y no todos los locales se prestan a ello. Las paneras entarimadas, por ejemplo, producen mucho polvo, y en los intersticios ó juntas de las tablas se introducen con facilidad toda clase de insectos y sus larvas.

De modo que desde este punto de vista es preferible que el piso esté enladrillado, se impone su limpieza, fregando bien los pisos, y en el de tarima hay que sacar de las hendiduras con un alambre todo lo que allí puede esconderse. Conviene tapar las hendiduras con yeso, y como complemento, echar una lechada de cal en las paredes. Si el año anterior el grano que contuvo el granero fué invadido por algún parásito, se debe llevar la prudencia al extremo de desinfectarlo, quemando, después de haber cerrado bien todos los huecos, una mezcla de azufre y salitre. Después de dos días, la panera se abre para que se ventile y se oré y ya puede asegurarse que todos los parásitos habrán muerto. Para conocer las precauciones que es menester tomar para conservar el grano, hay que conocer antes las contrariedades que le pueden ocurrir estando en la panera. El grano, aunque separado de la espiga que lo sostuvo, no por eso deja de vivir; tiene una vida latente, aunque poco activa, y es tan cierto que sigue respirando y absorbiendo el oxígeno, existiendo, por tanto, producción de vapor de agua, y de ácido carbónico. Estas reacciones se producen a costa del mismo grano, que disminuye de peso, por lo que hay que tratar de hacer la respiración para que haya la menor pérdida posible en el peso específico del grano.

Las causas más activas de la transpiración, son el calor y la humedad. El grano; al llevarle a la panera, no está del todo seco, contiene una cierta cantidad de agua, de la que hay que desembarazarle, y después, bajo la influencia de la respiración, adquiere calórico.

AGER

Francia y los obreros españoles

La inmensa mayoría, por no decir la totalidad de la prensa republicana y avanzada, es partidaria de Francia e Inglaterra; nos pintan su triunfo como el de la civilización y la cultura, y sobre todo, se hacen lenguas del cariño con que nos distinguen los franceses.

Dejando aparte, por universalmente sabido, que Alemania aventaja hoy día en cultura a las dos naciones citadas, veamos lo que hay de cierto en el cariño que nos tienen los franceses.

Al hablar de éstos, justo es que exceptuemos a muchos de sus valerosos católicos, a los que admiramos.

Ante todo, resulta el hecho de que entre los millares y millares de obreros compatriotas nuestros que recientemente han regresado del extranjero, es muy raro encontrar alguno que haya venido de Alemania; allí les guardan toda clase de consideraciones; en cambio, Francia los ha expulsado, sin devolver siquiera los ahorros a muchos de los que, con su trabajo, enriquecieron a los franceses.

Esto puede comprobarse por los datos que poseen las autoridades y agentes encargados de los repatriados.

La expulsión, además de injusta, es una prueba de ingratitude. Francia debe a España la tranquilidad de que disfruta en la frontera pirenaica, donde ha establecido sus hospitales de sangre, prueba irrecusable de que esa parte la considera como la más segura de todo su territorio. En pago de nuestra actitud, ¡expulsa a los españoles! Pase que lo hiciera con los alemanes o austriacos, pero nunca con los súbditos de un país neutral y que no abriga para con ella sentimientos de hostilidad.

Hay detalles muy significativos. Un español que ha pasado once años en una tahona de Lyon, y que ha visto nacer allí tres de sus hijos, ha sido brutalmente arrojado de la tierra que fecundaba con sus sudores. ¡Y a eso llaman civilización, y al país en que eso ocurre cuna de la libertad! ¡Qué irrisión!

¿Qué dirían nuestros francófilos, qué diría Francia, si nosotros expulsáramos a todos los franceses aquí residentes? Probablemente nos calificarían de bárbaros, cuando al cabo no haríamos otra cosa que seguir el método francés, y hasta beneficiaríamos a Francia, aumentando, con los desertores aquí refugiados, el número de sus soldados.

Francia ha expulsado a los que claramente eran amigos, y la prensa anticlerical se calla. El silencio ante la conducta francesa es muy significativo en aquellos elementos que se desgañaron y derramaron lágrimas de cocodrilo, censurando las expulsiones de moriscos y judíos, a pesar de ser cosa probada que todos ellos eran enemigos de la integridad y de la seguridad de la patria.

Fíjense los obreros en la conducta de Francia, y meditemos los españoles todos el calificativo que merecen los que pretenden que apoyemos a los franceses en el actual conflicto, tomando las armas en su favor.

(El Eco del Pueblo, de Madrid.)

Conocimientos útiles

Contra los sabañones se aconseja la siguiente fórmula:

Oxido de zinc	2 gramos.
Creosota	2 "
Laudano	2 "
Vaselina	50 "

Unten mañana y noche las partes enfermas.

Acabal, Rato y Comp.^a

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJON

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tuberías, parrillas, etc

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

PAÑOS Y NOVEDADES

LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJON

FUNERARIA DE

Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 108

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA

BAJADA PUENTE DEL MAR, 1

VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.

Lo que cuesta cada disparo

Los cañones que juegan el papel más importante en la actual guerra europea en los ejércitos de mar y tierra, representan un gasto fabuloso, aparte lo que valen los barcos y medios de transporte en tierra.

Pero es mucho mayor todavía lo que cuesta cada disparo de cañón. Téngase en cuenta que los cañones sólo pueden hacer un cierto número de disparos. Así una pieza de 100 milímetros, puede hacer unos 750 disparos; una pieza de 164 milímetros, 174 disparos, y una de 305 milímetros, 150.

Hay que añadir al precio del proyectil y la carga, la suma que representa la amortización del cañón. Véase lo que cuesta cada disparo, tomando como base los datos que nos proporcionaron del cañonero *Marqués de Molins* hace unos quince días:

Los cañones de 305 milímetros con sus torres blindadas, pesan 46.000 kilos y cuestan 500.000 pesetas. El precio de la carga de pólvora (100 kilos) y el del proyectil (388 kilos), es de 2.000 pesetas; la amortización representa 3.333 pesetas; por lo tanto, el precio del disparo del cañón de 305 milímetros, suma 5.333 pesetas.

El cañón de 274 milímetros, pesa 20.000 kilos y cuesta 200.000 pesetas; el precio de la carga de pólvora (52 kilos) y el del proyectil (216 kilos), es de 1.700 pesetas. La amortización, 1.250 pesetas. El disparo de un cañón de este calibre, cuesta 2.420 pesetas.

El cañón de 164 milímetros, pesa 9.000 kilos y cuesta 80.000 pesetas. La carga de pólvora (12 kilos) y el proyectil (25 kilos), cuestan 270 pesetas. El precio del cañonazo es, por lo tanto, de 480 pesetas, y así sucesivamente.

El terrible mortero de 42 pulgadas, el de mayores efectos destructores conocido y que fué presentado por primera vez por los alemanes en la guerra actual, pesa 900 kilos, llevando una carga de más de 60, siendo el coste de cada disparo de 30.000 marcos aproximadamente.

RECTO CRITERIO

—Hasta la fe le hacen perder a una con estas cosas,—exclamaba una señora delante de su camarera después de cierto escándalo público.

—¡Jesús, señora!—repuso ésta, que había estudiado bien el Catecismo y no lo había olvidado: mi fe nunca se ha apoyado en la palabra de ningún predicador,—por elocuente que fuese, sino en la doctrina de Jesucristo y en las enseñanzas de la Iglesia. No veo por qué ha de perder una la fe, por que otro, sea quien fuere, falte a su deber. Yo no me echaré a un pozo, aunque se echen ciento.

Correspondencia administrativa

Sr. D. J. M. I.—La Vid.—Pagó a fin Abril 1915.

Sr. C. P.—Teverga.—Id. 1914.

Sr. C. P.—Taja.—Id. id.

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón